

**¿A QUÉ DEBEMOS SER LEALES?**

**William MacDonald**

Título en inglés: **To What Should We Be Loyal?**

William MacDonald

Todos los derechos reservados

Traducido por Neria Díez Sánchez

Con Permiso del Escritor

Editorial Discípulo

Apartado 202

22080 Huesca, España

Copyright © 1996 William MacDonald

Todos los derechos reservados

## ÍNDICE

¿A QUÉ DEBEMOS SER LEALES? 3

LA UNIDAD DEL CUERPO 6

TODOS LOS CREYENTES SON MIEMBROS 7

CRISTO ES LA CABEZA DE LA IGLESIA 9

EL SACERDOCIO DE TODOS LOS CREYENTES 10

NINGÚN MINISTERIO UNIPASTORAL 11

LA PRESIDENCIA DEL ESPÍRITU SANTO 13

CADA ASAMBLEA ES AUTÓNOMA:  
RESPONSABLE INDEPENDIEMENTE ANTE CRISTO 14

EL PAPEL DE LOS DONES EN LA IGLESIA 15

LA IGLESIA LOCAL 16

CONCLUSIÓN 17

## ¿A QUÉ DEBEMOS SER LEALES?

¿Qué piensas de la persona que dice: “Mis padres fueron miembros de esta denominación. Yo nací en ella, y en ella moriré”?

“Oh”, dices: “pienso que se equivoca al hablar de esta manera”.

“Sí, pero ¿por qué se equivoca?”

“Supongo que porque asume que su denominación tiene la razón y que siempre la tendrá”.

“Bien, entonces, ¿a qué denominación o grupo debería ser leal?”

“Pienso que no debería ser leal a ninguna denominación, pues ninguna denominación es perfecta”.

“Una última pregunta. Si no debe ser leal a ninguna denominación o grupo de cristianos, ¿a qué debe ser leal?”

“Debe ser leal al Señor y a los principios de Su Palabra”.

¡Sí, por supuesto! Esta es la única respuesta correcta. Es un error desarrollar una lealtad inmortal a cualquier comunidad cristiana, a pesar de lo escritural que pueda ser al momento.

Aun suponte que rechazas por completo la idea de las denominaciones. Supongamos que te reúnes con cristianos que rechazan todo nombre sectario. Supongamos, por ejemplo, que estos se califican a sí mismos con el nombre inofensivo de “las asambleas”. Buscan adherirse a la enseñanza de la Palabra. ¿No deberías unir tu suerte a la suya permanentemente y ser leal únicamente a ellos?

Si lo haces, te encontrarás en una posición difícil.

Te comprometes con un grupo que casi inevitablemente cambiará con el paso de los años. Ésta ha sido la historia de casi cada comunidad cristiana. Aparecen las tendencias liberales. El celo y el estímulo dan paso al formalismo. Se desarrolla una jerarquía denominacional. Pronto puede escribirse sobre todo esto la palabra “*Icabod*” —la gloria ha sido traspasada.

Entonces, de nuevo, si eres leal a un grupo de asambleas, la pregunta siempre surge: “¿Con quiénes en particular estás de acuerdo?” Hay grandes diferencias entre cualquier grupo de iglesias locales, de la misma manera que hay grandes diferencias entre los individuos. Algunas son abiertas, otras son exclusivas. Algunas son conservadoras, otras son liberales. Unas tienen un pastor que preside sobre la congregación, otras repudian el ministerio de un solo hombre. No hay dos asambleas exactamente iguales.

Y allí hay un verdadero problema. ¿A cuáles asambleas debemos ser leales? ¿Debemos suscribirnos ciegamente a todas las asambleas que estén enumeradas en un vademécum semi-oficial? Parece obvio que no podemos hacer esto consistentemente. Debemos juzgar cada asamblea individual por la Palabra de Dios, en lo que concierne a nuestra afiliación personal.

Aquí hay otro problema. Si mi lealtad es para con un grupo particular de iglesias locales, ¿cuál debe ser mi actitud hacia otros grupos cristianos que quizás se asemejen más en algunas cosas al patrón del Nuevo Testamento? ¿Cómo puedo evaluarlos? ¿Les rechazo simplemente diciendo: “No están entre “nuestras” asambleas”? ¿Les acepto o les rechazo en base a si sus actividades están en una de “nuestras” revistas?

Después, está el asunto de los obreros cristianos individuales “fuera de nuestro círculo”. ¿Cómo los evaluamos? ¿Preguntamos si ha sido encomendado a la obra por una de “las asambleas”? O, “¿Está con nosotros?” ¿O inquirimos para saber si está sirviendo al Señor según los principios del Nuevo Testamento?

Ciertamente, la política más sencilla es juzgar a los individuos o a los grupos por si “son de los nuestros” o no. Esto no requiere ejercicio ni discernimiento espiritual. Pero es una base de juicio falsa y peligrosa. Suplanta la Palabra de Dios como nuestra autoridad final. Asume *a priori* que “nosotros” estamos en lo correcto en nuestra posición y que todos los demás deben conformarse a nosotros. Esto conduce a inconsistencia, vergüenza y confusión.

Los cristianos deben ser enseñados a examinar y probar todo por las Escrituras. Ellas son nuestra única autoridad. La cuestión no es: “¿Qué cree don fulano? ni “¿Cómo lo hacemos en ‘nuestras asambleas’?” sino: “¿Qué enseña la Biblia acerca de esto?”

Nuestra lealtad debe ser en primer y último lugar, siempre al Señor y a los principios de Su Palabra. Y nunca deberíamos asumir ciegamente que un grupo de creyentes tiene el monopolio de la verdad, o que se adhiere al Nuevo Testamento enteramente, o que está inmune de deslizarse y desviarse.

Cada generación debe guardarse del peligro de caer en las formas de pensar denominacionales y sectarias. A través de los siglos, ha habido grandes movimientos del Espíritu Santo en los que ciertas verdades han sido extraídas de los escombros de la tradición, del formalismo y ritualismo. La primera generación, esto es, aquellos que vivieron en el tiempo de estos movimientos fueron inteligentes en lo concerniente a los principios de la Escritura. Pero la segunda y tercera generación han tendido a seguir el sistema rutinariamente porque sus padres estaban en ello, y porque ellos mismos crecieron allí. Ha habido un deterioro de verdadera convicción y ha aumentado la ignorancia de la base bíblica del patrón que se sigue.

Así la historia de la mayoría de los movimientos espirituales ha sido descrita de manera apta en esta serie de palabras: **hombre...movimiento...máquina...monumento**. Al principio hay un **hombre**, ungido de manera especial por el Espíritu Santo. Mientras otros son llevados a la verdad, se desarrolla un **movimiento**. Pero cuando llegan la segunda y la tercera generación, las personas están siguiendo un sistema con precisión sectaria, a manera de una **máquina**. Eventualmente, no queda nada más que un **monumento** denominacional y sin vida.

Si les preguntases a una representación de cristianos: “¿Por qué os reunís en comunión en el lugar en que lo hacéis?”, ¿cuántos crees que podrían darte una respuesta clara y

escritural? ¡No muchos! Hay una ignorancia extendida en cuanto a la verdad de la iglesia del Nuevo Testamento, y por lo tanto una falta general de convicción respecto al tema. ¿Cómo podemos tener convicciones sólidas acerca de algo que no conocemos ni comprendemos?

En una asamblea neotestamentaria que está espiritualmente sana, los que están en comunión saben por qué están allí. No son de los que degustan sermones como si fueran vinos, ni de los que siguen a los hombres, sino cristianos bien fundados en la verdad del evangelio, y la de la Iglesia. Están preparados para examinar y juzgarlo todo por la Palabra. No se han entregado inalterablemente a ningún grupo o denominación en particular. Si se desarrollan tendencias que no son bíblicas y que no honran al Señor, ellos buscarán la dirección del Espíritu Santo para unirse a la compañía de aquellos que se reúnen en obediencia a la Biblia.

Examinemos algunas de las grandes verdades que se encuentran en el Nuevo Testamento concernientes a la asamblea y a las que debemos ser leales.

## LA UNIDAD DEL CUERPO

Una de las verdades más obvias es la unidad del cuerpo de Cristo. Sólo hay un cuerpo, una iglesia, una asamblea (Ef. 4:4).

Porque es verdad, todos los creyentes son responsables de dar testimonio de esto. Al reunirnos, deberíamos darle una expresión práctica. Nada de lo que hacemos o decimos debería negarlo.

Muchos cristianos ven claramente que las sectas y las denominaciones son una negación de la verdad del cuerpo (1 Co. 1:10-13; 3:3). Las sectas crean la impresión de que Cristo está dividido, y son una mala representación de la verdad de la Palabra de Dios. Muchos de nosotros lo vemos claro, y deseamos nombres tales como bautista, luterano, metodista o episcopal.

Pero no siempre vemos que *cualquier* nombre que nos separa de otros miembros del cuerpo es divisivo y no escritural. Aun si tomamos un nombre bíblico como *hermanos*, por ejemplo, en el momento en que lo calificamos o lo escribimos con mayúscula como un título, trasgredimos. Está tan mal identificarse algunos como “Las Asambleas de Hermanos”, “Los Hermanos de Plymouth”, “Los Hermanos Unidos”, “Los Hermanos Cristianos”, “Los Hermanos Evangélicos”, “Los Hermanos Abiertos” o “Los Hermanos Exclusivos o Cerrados”, como lo es para otros el llamarse bautistas, presbiterianos o pentecostales.

“Hermanos” con la H mayúscula implica que hay algunos creyentes que no son hermanos, o que algunos son hermanos de una manera distinta. Oímos que algunos preguntan: “¿Está entre los Hermanos?” o que dicen con tristeza: “Dejó a los Hermanos”. La verdad es, por supuesto, que si es salvo, se cuenta entre los hermanos, y no puede dejar a los hermanos, ya que el creyente está seguro eternamente.

Ciertamente es correcto que nos reunamos únicamente en el Nombre del Señor Jesucristo, pero en el momento que nos llamemos “los cristianos congregados únicamente en el Nombre del Señor Jesucristo”, queriendo decir que nosotros lo hacemos y otros no, caímos en el sectarismo.

Hablar de cualquier grupo particular de cristianos exclusivamente como; “*el pueblo del Señor*”, revela una actitud sectaria. Nos coloca en la misma clase como aquellos de Corinto que decían: “*Yo soy de Cristo*”—queriendo decir que ellos eran de Cristo excluyendo a todos los demás (1 Co. 1:12).

Otra forma en la que aparece la inconsistencia es el hábito de llamar a una congregación particular de cristianos en un pueblo “la asamblea” de ese pueblo. O hablar de provincias y ciudades donde “no hay asambleas”. Realmente, este no es un lenguaje preciso. La asamblea en cualquier pueblo está formada por todos los verdaderos creyentes que se encuentren allí. Dentro de ese pueblo puede que haya varias congregaciones de cristianos. Además puede que haya algunos cristianos verdaderos que no estén asociados con una iglesia local por una u otra razón; quizá estén bajo disciplina, por ejemplo. Todos forman la asamblea en ese pueblo, aunque puede que no todos se congreguen en el mismo lugar.

Puede que alguien diga: “Bien, ¿cómo puedo distinguir mi asamblea de las otras iglesias verdaderas y legítimas de mi ciudad o región?” La respuesta es, en lugar de llamarla “la asamblea” de —y poner el nombre de tu ciudad o región, refiérete a ella como la asamblea que se reúne en —y pon el nombre de la calle o el edificio. Así no niegas la unidad del cuerpo.

Nunca debemos olvidar que todos los que en verdad hemos sido salvados, somos cristianos, creyentes, hermanos, discípulos y santos —y de la misma manera todos los que han sido redimidos por la preciosa sangre de Cristo. Negar esto por cualquier forma de sectarismo, denominacionalismo o exclusivismo es negar la verdad de la Biblia, y ser culpable de carnalidad y orgullo.

## **TODOS LOS CREYENTES SON MIEMBROS**

Una segunda y gran verdad que debemos creer y afirmar es que todos los verdaderos creyentes son miembros del cuerpo de Cristo, y por lo tanto, son miembros los unos de los otros (1 Co. 12:12-26). Siendo esto así, es necesario que reconozcamos a todos los cristianos como nuestros hermanos y hermanas.

Hacer esto no es siempre fácil. Los hombres han levantado muros. Muchas personas son más leales a su propia denominación que al cuerpo de Cristo. No reconocen la unidad del Espíritu. Pero no todo el problema está con los demás. Aun en nuestros propios corazones, a menudo está el deseo de ser distintos, pensando de nosotros mismos como siuviésemos la exclusiva en la verdad de la iglesia o en alguna otra verdad. A menudo encontramos difícil entablar amistad con aquellos que no ven las cosas como nosotros. En lugar de gozarnos cuando otros son guiados a cierta medida de verdad divina, somos propensos a magnificar las

maneras en las cuales ellos todavía son diferentes a nosotros. Y con demasiada frecuencia pleiteamos con más amargura con aquellos cuyo orden de iglesia es notoriamente similar al nuestro.

¿Cómo podemos, entonces, dar expresión práctica a la verdad de que todos los creyentes genuinos son miembros del cuerpo de Cristo?

Ante todo, debemos amarles porque pertenecen a Cristo (1 Jn. 4:11). El hecho de que difieran con nosotros en algún área de doctrina o práctica no debe ser un impedimento para amarles.

Debemos orar por ellos (1 S. 12:23). Ésta es una deuda que debemos a todos los hombres, especialmente a aquellos que pertenecen a la familia de la fe.

Tercero, debemos buscar el compartir con ellos las verdades preciosas que Dios nos ha mostrado en Su Palabra (2 Ti. 2:2).

Esto no significa que debemos adoptar una posición deliberada de robar ovejas, esto es, moviéndonos entre diferentes grupos evangélicos con el propósito específico de sacar de allí a las personas para traerles a “nuestra propia comunión”. No hay nada en la Biblia que nos llame a semejante actividad divisiva. Más bien, en nuestro contacto individual con otros, y dirigidos por el Espíritu Santo, debemos ministrar a Cristo como el Centro de reunión de Su pueblo. Debemos enseñar: *“a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre”* (Col. 1:28).

No sólo debemos amar a los demás creyentes, y orar por ellos, y buscar edificarles, sino que también debemos aprender de ellos (1 Co. 12:21). Es un error pensar que nosotros tenemos toda la verdad y que no nos podemos beneficiar espiritualmente de los que están fuera de “nuestra propia comunión”. Cada miembro tiene algo que contribuir para el resto del cuerpo. Cualquier barrera humana que impide que unos creyentes ayuden a otros creyentes es contraria a la voluntad de Dios.

También debemos abstenernos de las críticas, envidia, chismorreo, murmuración y de juzgar (Lc. 6:37). Cada creyente es un mayordomo del Señor. Se nos prohíbe estrictamente el juzgar a otros antes de tiempo, esto es, antes de que el Señor venga (1 Co. 4:5). Pablo pregunta: *“¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae”* (Ro. 14:4). Y cuando Pedro se preocupó acerca del servicio de Juan para el Señor, Jesús dijo: *“¿Qué a ti? Sígueme tú”* (Jn. 21:22).

Debemos gozarnos siempre que Cristo sea predicado, ya sea que estemos o no de acuerdo con los métodos y motivos. Pablo escribió a los Filipenses: *“Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y contienda; pero otros de buena voluntad. Los unos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones; pero los otros por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del evangelio. ¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré aún”* (Fil. 1:15-18).

El hecho de que reconozcamos de esta manera a todos los creyentes verdaderos como miembros del cuerpo NO quiere decir que adoptemos sus métodos y prácticas. Somos responsables de obedecer la Palabra de Dios tal como Él nos la ha revelado. Podemos amar a las personas sin amar el sistema en el que están, ni ser parte de él. En lo que concierne a

nuestro propio camino, debemos ser intransigentemente obedientes a la Biblia. En lo que concierne a otros creyentes, debemos ser pacientes y tolerantes en el buen sentido.

## **CRISTO ES LA CABEZA DE LA IGLESIA**

Una tercera verdad importante que debemos defender es que Cristo es la Cabeza de la Iglesia (Ef. 5:23; Col. 1:18). Esto quiere decir que debemos mirarle a Él para que nos dirija y guíe en los asuntos de la asamblea local.

Todos nos damos cuenta de que la verdad de la autoridad de Cristo como Cabeza es negada cuando un papa, por ejemplo, afirma ser la cabeza de la iglesia en la tierra. Pero debemos guardarnos contra el sutil error de pensar que cualquiera de nosotros tiene derecho de encargarse de los asuntos de la asamblea. Es tan fácil hablar de la autoridad de Cristo como Cabeza, y aun así maniobrar, presionar y confabular de una manera carnal para salirse con la suya. En lugar de esperar en Él en ayuno y oración, aplicamos métodos exitosos de negocios y la sabiduría de este mundo. Todo esto niega prácticamente la autoridad de Cristo como Cabeza. Si Cristo es la Cabeza, entonces todo debe hacerse bajo Su control y guía.

## **EL SACERDOCIO DE TODOS LOS CREYENTES**

Entonces llegamos a una cuarta verdad —la verdad de que todos los verdaderos creyentes son sacerdotes. En 1 Pedro 2:5-9, aprendemos que somos sacerdotes santos y reales.

Como sacerdotes santos ofrecemos sacrificios espirituales a Dios por medio de Jesucristo (v.5). Estos sacrificios incluyen:

el sacrificio de nuestros cuerpos (Ro. 12:1-2).

el sacrificio de nuestra alabanza (He. 13:15).

el sacrificio de nuestras posesiones (He. 13:16).

Como sacerdotes reales anunciamos las virtudes de Aquel que nos llamó de las tinieblas a Su luz admirable (1 P. 2:9). Esto significa que cada creyente debe testificar de Cristo, tanto por medio de su vida, como por sus palabras.

Como sacerdotes santos entramos en el santuario para adorar. Como sacerdotes reales salimos al mundo a testificar.

La idea de que la adoración y el servicio son funciones de un grupo especial conocido como sacerdotes o clérigos no se encuentra en el Nuevo Testamento. Todos los creyentes son sacerdotes y deberían ser libres para ejercitar sus funciones sacerdotales.

## NINGÚN MINISTERIO UNIPASTORAL

Hay algunas iglesias locales que repudian el sistema clerical, negándose a tener lo que podría llamarse un ministerio unipastoral. Pero si les pidieses a muchos de los cristianos de estas iglesias una defensa escritural de su posición, les sería difícil dar una respuesta. ¿Por qué es erróneo tener un ministerio unipastoral en la asamblea local?

La primera razón es porque no se encuentra en el Nuevo Testamento. Las asambleas de los tiempos apostólicos consistían de santos, obispos y diáconos (Fil. 1:1). De los obispos, o ancianos, siempre se habla en plural. No de un anciano sobre una iglesia, sino de varios ancianos en cada iglesia. Los historiadores de la Biblia afirman que el sistema clerical surgió en el segundo siglo; esto no se encontraba en las iglesias del Nuevo Testamento.

En segundo lugar, el sistema clerical generalmente ignora el propósito por el cual han sido dados a la iglesia los dones de evangelistas, pastores y maestros. La función de estos dones es perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo (Ef. 4:12). En otras palabras, el servicio cristiano no es la función de una clase especial de personas, sino la responsabilidad de todos los creyentes. Sólo mientras cada miembro lleve a cabo su función, el cuerpo se desarrollará y madurará. La función de los dones enumerados en Efesios 4:11 es perfeccionar a los santos, al punto de que sean miembros del cuerpo maduros y que funcionen. Así, estos dones particulares son ayudas temporales, no elementos permanentes.

Cuando un hombre es el responsable de toda la enseñanza y de todas las predicaciones en una iglesia local, siempre está el peligro de que las personas se congreguen a él, y no al Señor. Si un hombre está dotado especialmente, la gente es atraída a su predicación. Asisten porque él está allí. Si él se va por alguna razón, los demás son propensos a seguirle, o, si esto no es posible, a menudo se van a otro lugar, buscando otro hombre dotado.

Cristo debe ser el Centro de la congregación de Su pueblo (Mt. 18:20). Debemos ser atraídos por Su presencia, no por un hombre. Cuando los creyentes ven esto y actúan así, la asamblea local no necesita estremecerse porque un hombre se marche. La asamblea en la que los cristianos se congregan a Cristo tiene fuerza, estabilidad y solidaridad.

Y, por supuesto, hay peligros potenciales cuando toda o la mayoría de la enseñanza en una iglesia local es impartida por un solo hombre. Se tiende a aceptar su palabra como absoluta. Si los demás no están estudiando las Escrituras por sí mismos, no estarán en una buena posición para discernir el error.

Además, ningún individuo puede proveer para la diversidad del ministerio que sólo es posible cuando el Espíritu Santo tiene libertad para hablar a través de diferentes hombres. Debemos preocuparnos no sólo de que el ministerio sea doctrinalmente correcto, sino también de que haya una dieta equilibrada para el pueblo de Dios. La instrucción bíblica es: *“Los profetas hablen dos o tres, y los demás juzguen”* (1 Co. 14:29).

A menudo el ministerio unipastoral frena el desarrollo de los dones en una iglesia local. Los demás no tienen la misma oportunidad para participar. Algunos ministros insisten en confinar la mayoría de la obra para sí mismos; se resienten si otro se entromete en su oficio. Pero aun donde no sea este el caso—aun donde a los ministros les gustaría ver a los demás participando—la misma naturaleza del sistema clerical desanima al llamado laico a desarrollar los dones que Dios le ha dado.

Cuando un hombre es asalariado por la congregación local como predicador, siempre está la tentación sutil de aguar el mensaje. No debería ser así, pero el hecho es que al controlar el salario del pastor, a menudo la congregación se impide a sí misma de recibir el consejo completo de Dios.

Reconocemos que hay muchos grandes hombres de Dios en el sistema clerical, que predicán fielmente el evangelio, enseñan la Palabra, y buscan pastorear al rebaño de Cristo, y Dios les está usando.

También reconocemos que hay muchos “pastores o ministros” que no tienen el espíritu clerical. Tienen el deseo sincero de ayudar a los santos de todas las maneras posibles, guiando por medio de su ejemplo, y no enseñoreándose de la heredad de Dios.

Y también nos damos cuenta de que es posible que alguien que no sea un clérigo tenga el espíritu clerical. En 3 Juan 9-11, por ejemplo, leemos de Diótrefes, que actuaba como un tirano en una asamblea local.

Pero después de todo, permanece la verdad de que el sistema clerical es básicamente erróneo, y no es escritural. El mundo nunca será evangelizado de la manera en la que Dios se propuso hacerlo, y la iglesia nunca será perfeccionada según el plan divino, mientras se mantenga la distinción entre el clero y el laico.

## **LA PRESIDENCIA DEL ESPÍRITU SANTO**

Otra verdad vital que cada iglesia local tiene la obligación de mantener y practicar es la de la presidencia del Espíritu Santo (Jn. 14:16, 26). Esto quiere decir que el Espíritu Santo es el Representante (Vicario) de Cristo en la iglesia sobre la tierra. Él es al que se le debe dejar guiar el pueblo de Dios en oración, alabanza y adoración. Él debe tener libertad para hablar a través de siervos que Él mismo escoge según las necesidades espirituales del pueblo de Dios.

En 1 Corintios 14:26, se nos presenta una reunión de la iglesia primitiva, en la cual había libertad del Espíritu. “*¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación*”.

Cuando el Espíritu Santo tiene esta libertad para guiar, habrá espontaneidad en la enseñanza, predicación, adoración e intercesión.

Muchos de nosotros reconocemos que el ministerio del Espíritu Santo ha sido en gran manera apagado por la introducción de los rituales y la liturgia. El uso de oraciones escritas, mensajes preparados para ciertos días del “calendario eclesial”, de un orden prescrito de servicio que se debe seguir sin desviarse—estas cosas ponen trabas al Espíritu Santo en las reuniones de la iglesia local.

Pero debemos guardarnos de las maneras más sutiles de apagarle. Por ejemplo, debemos guardarnos de las reglas humanas en nuestras reuniones de adoración. En algunos lugares, existe la norma de que no debe haber ministerio antes de partir el pan. O de que la reunión no debe sobrepasar cierto tiempo. O que adorando no debemos detenernos con nuestros pecados o indignidad. O que tenemos que estar de pie o sentados cuando oramos o cantamos. Tales normas apagan el espíritu de la adoración espontánea y conducen al formalismo.

A menudo hacemos a alguien ofensor por una palabra que haya dicho. Quizá un joven creyente expresará su gratitud a Dios por haber muerto por él. ¿Debe ser reprendido por esto? Todos sabemos que Dios, el Padre no murió. Y sin duda el joven creyente también lo sabe. Pero al estar consciente de que está participando públicamente, tiende a expresarse pobremente. ¿Se le debería avergonzar por este primer, titubeante acto público de adoración? ¿No es mejor oír su sincera aunque imperfecta adoración, que no oírla?

Generalmente hablando, creemos que el Espíritu Santo guiará la adoración de Su pueblo con un tema concreto. Pero supongamos que un hermano pide un himno que no parece tener relación con el tema. ¿Debe ser avergonzado por esto? ¿No es mejor cantar el himno, y orar para que, al madurar suficientemente para discernir el tema en la reunión, lo haga sin perder nada de su calidez y afecto por el Señor?

Esto nos recuerda a cierto predicador, al cual alguien preguntó: “¿Qué harías si un hermano pidiese un himno que obviamente no estaba en el Espíritu?” Él replicó: “Lo cantaré en el Espíritu”.

Mientras buscamos dar al Espíritu Santo Su lugar correcto en la asamblea, tengamos cuidado con las reglas y normas que lo apagan y que matan la espontaneidad y la adoración sin afecto.

### **CADA ASAMBLEA ES AUTÓNOMA:**

### **RESPONSABLE INDEPENDIENTEMENTE ANTE CRISTO**

Hay otro principio en la Palabra de Dios que debería guiarnos respecto a la asamblea, sabiendo que cada asamblea es independiente y responsable sólo ante Cristo. No encontramos en el Nuevo Testamento tal cosa como una denominación, federación de iglesias, agrupación regional o círculo de comunión. No hay sedes en la tierra, dirigiendo y ejerciendo autoridad de ningún tipo sobre las asambleas locales. A algunos no les gusta este principio, porque no va de acuerdo con lo que tienen organizado o quieren organizar.

La sede de la iglesia está donde está la Cabeza —en el cielo.

Cada iglesia local debe evitar con cuidado todo y cualquier cosa que le lleve a un control centralizado en la tierra.

Esta centralización es el mal que ha acelerado la extensión del modernismo. Los liberales han tomado el control de las sedes denominacionales y de los seminarios. Sabían que si podían controlar las sedes, entonces podrían eventualmente controlar todas las iglesias.

La formación de un grupo central a menudo viene de la presión del gobierno, o del deseo de obtener ciertos beneficios del gobierno. Además de sus otros defectos, la centralización se lo pone fácil a los gobiernos totalitarios para dominar la iglesia. Si capturan unos cuantos líderes denominacionales, pueden controlar las actividades de toda la denominación.

La voluntad de Dios es que cada asamblea sea una unidad independiente, responsable directamente al Señor Jesús. Esto entorpece la extensión del error, y hace más fácil que la iglesia se oculte en tiempo de persecución.

## EL PAPEL DE LOS DONES EN LA IGLESIA

Ya hemos tocado brevemente el tema del papel de los dones en la Iglesia. Realmente, cada creyente tiene algún don, alguna función especial en el cuerpo de Cristo. Además hay los dones especiales de servicio: “*evangelistas, pastores y maestros*” (Ef. 4:11). Los dos últimos fueron dados para ayudar a todos los santos a encontrar cual fuese su don y a ejercitarlo. Fueron dados para perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo. Por esto está claro que:

La obra del ministerio no es para una clase especial de cristianos, sino para todo el pueblo de Dios.

La función de estos dones especiales de Efesios 4, es perfeccionar a los cristianos al punto de que puedan valerse por sí mismos, y después de esto, ir a otro lugar. En otras palabras, los santos no deben llegar a ser perpetuamente dependientes de estos dones. Al contrario estos dones deben obrar en el menor tiempo posible, para pasar a nuevas áreas de oportunidad. De la misma manera que los padres comienzan pronto a enseñar a sus hijos a que sepan valerse por sí mismos, así deben estos dones enseñar a los bebés en Cristo.

Ahora esto hace que surja la pregunta: “¿Cuánto tiempo debería un don así permanecer en la asamblea?” Sólo hay una respuesta posible a la pregunta —tanto como les cueste a los santos madurar para servir. Pablo sólo estuvo en Tesalónica “*por tres días de reposo*” (Hch. 17:2), y dejó allí una asamblea nativa —que se apoyaba, gobernaba y propagaba por sí misma. Hasta donde sabemos, el mayor tiempo que pasó en un lugar fueron los tres años que estuvo en Éfeso (Hch. 20:31). Exactamente, la cuestión no es tanto el tiempo

que un hombre está en un lugar, sino más bien cuál es su propósito. ¿Qué es lo que está intentando hacer? ¿está tratando de equipar a los santos para que luego ellos sigan solos?

Al respecto, estos dones deben guardarse de la tendencia natural de “anidar”, de pensar que tienen una cita para toda su vida en un sólo lugar. (Esto es verdad tanto con misioneros extranjeros como con los obreros del mismo país). Deben conservarse móviles. Y también deben guardarse de otro peligro sutil, que es el de sentir que los santos no podrían arreglárselas sin ellos. Cuando se ausentan, baja la asistencia; esto les hace pensar que no deben marcharse. Temen que la asamblea se rompería en pedazos. El pensar que somos indispensables alimenta el orgullo. Y a veces hiere nuestro orgullo el pensar que ya no se nos necesita en un lugar en particular. Realmente, deberíamos regocijarnos cuando llegara ese momento.

Al hablar de dones, hay algo más que debería mencionarse. En el Nuevo Testamento, estos dones eran carismáticos, no profesionales. Esto quiere decir que estos dones eran hombres que estaban soberanamente dotados por el Espíritu Santo, sin respecto a preparación u ocupación. Por ejemplo, el Espíritu alcanzaría y equiparía a un pescador para que fuese un evangelista. O podría tomar a un pastor para que enseñase Su Palabra. O a un carpintero para que ejercitase un ministerio pastoral entre los santos.

No se nos sugiere en el Nuevo Testamento que la formación profesional (teológica) pueda equipar a un hombre con un don para la iglesia. La idea de que sólo los hombres que han tenido estudios formales (en un instituto bíblico) en la Palabra están cualificados para ministrar, es repugnante. Un tiempo de preparación puede ser útil para un creyente, en cuanto a dominar las Escrituras, pero ninguna cantidad de formación teológica puede hacer de un hombre un evangelista, pastor o maestro. Además, siempre está el peligro del profesionalismo. Si las Escrituras son consideradas como bases filosóficas, entonces esta “formación” puede ser algo muy peligroso e infructuoso.

## **LA IGLESIA LOCAL**

¿Cuándo una iglesia local es una verdadera iglesia neo-testamentaria? ¿Es cuando son verdaderos creyentes la mayoría de los miembros? ¿O aunque sólo una minoría sean verdaderos creyentes? ¿Lo es dondequiera que los cristianos se reúnan en el Nombre del Señor? ¿Qué cualifica a un grupo para ser considerado como una asamblea local?

El Nuevo Testamento no da una lista de normas concretas en cuanto a lo que es una asamblea. Declara que donde haya dos o tres reunidos en el Nombre de Cristo, Él está en medio de ellos (Mt. 18:20). Y las Escrituras asumen que aquellos que componen la asamblea son cristianos, aunque también se reconoce que a veces los incrédulos se cuentan entre ellos desapercibidos (Hch. 20:29-30). El Nuevo Testamento también parece asumir la presencia de ancianos y diáconos en la asamblea normal (Fil. 1:1). Pero más allá de esto no hay una manera final en la que podamos decir que ciertos grupos cristianos son iglesias neotestamentarias y que otras no lo son. Ya podemos estar agradecidos de que no somos nosotros los jueces en estos casos.

Si un grupo profesa ser una asamblea cristiana, entonces debe manifestar la verdad de la iglesia universal. Debe ser una miniatura, una réplica del cuerpo de Cristo. Debe presentar un retrato vivo de la iglesia del Dios viviente.

Ahora, la situación entre las iglesias locales en el mundo de hoy en día es esta. Algunas iglesias locales representan muy mal a la iglesia universal. Otras lo hacen con más precisión. Ninguna lo hace perfectamente. Existe con una amplia gama de iglesias con diferentes grados de semejanza a la iglesia universal.

Algunas iglesias, obviamente no tienen derecho de que se les considere como asambleas cristianas. Me refiero a aquellas iglesias liberales, por ejemplo, que niegan todas las doctrinas fundamentales de la fe.

Pero también tenemos una gran variedad de otras iglesias que sí que reconocen a Jesucristo como el único Señor y Salvador. Unas son más evangélicas que otras. ¿Quién puede decir dónde está la línea que separa a aquellas que son iglesias neotestamentarias, de las que no lo son? Dejémoslas al Señor. Nuestra responsabilidad es edificar según el modelo, esto es, dar una verdadera semejanza de la iglesia en nuestra propia asamblea local.

Ciertamente ninguna asamblea tiene razón para enorgullecerse. Si pudiésemos vernos como nos ve el Señor, probablemente nos encogeríamos y moriríamos. El orgullo espiritual es en sí una negación de la verdad que queremos mantener.

## CONCLUSIÓN

¿A qué debemos ser leales? De nuevo enfatizamos en que debemos ser leales a las Escrituras, y no a un sistema eclesial o círculo de comunión. En una época de dejadez y desliz espiritual, debemos constantemente examinar todo por la Biblia y actuar de acuerdo a Ella.

Habrà un precio que pagar. Cuesta seguir los principios del Nuevo Testamento. Habrà reproche por parte del mundo y oposición de otros cristianos. Pero nuestra responsabilidad está clara. Debemos obedecer a Dios y dejar con Él las consecuencias.